

Sofía Balbuena

Sutura





Seix Barral

Sofía Balbuena

Sutura

Me abrieron el pecho con un bisturí cuando todavía no tenía 3 años. Cirugía a corazón abierto.

Doce años después de la primera operación, una segunda. Cuando cumplí 25 años la tercera. La cuarta a los 28. La quinta a los 31.

Yo no crecía. Mi corazón no conseguía, a su debido ritmo, irrigar sangre a todo mi cuerpo. Entonces bombeaba el doble o el triple intentando compensar la falta. En el pueblo en el que crecí los médicos les dijeron a mis padres que lo que tenía era un soplo inocente que se cerraría solo —esas cosas se cierran solas, mamita— y que había que esperar. Desarrollé lo que se conoce como «pecho paloma» porque el corazón es un músculo y, como todo músculo, cuando se ejercita de más, se ensancha. Entonces el tejido alrededor del músculo se modifica, crece, para contener el movimiento de un corazón acelerado.

A los dos años y medio pesaba 10 kilos y mis padres se empezaron a preocupar. Me llevaron a Buenos Aires, al Sanatorio Güemes, donde por ese entonces funcionaba la Fundación Favaloro, el hospital escuela que el doctor René Favaloro, el hombre que inventó el bypass coronario, una eminencia mundial en cardiología, había inaugurado en 1975. En la consulta les dijeron lo que ellos ya intuían: que lo que yo tenía no era inocente ni se iba a cerrar solo. Había que operar a corazón abierto. Cirugía reparadora CIA y CIV a los dos años y ocho meses para corregir un soplo congénito.

Un soplo es un agujero, un puente que conecta dos sistemas que necesitan permanecer separados para no destruir el espacio que los contiene a ambos. Me abrieron el pecho, me quebraron el esternón, corrigieron el soplo y juntaron con alambres de acero inoxidable el hueso que habían quebrado y abierto para poder operarme. Alrededor del esternón, haciendo presión para que el hueso soldara de nuevo, seis pedacitos de metal idénticos entre sí y parecidos a los que se usan para cerrar las bolsas de pan lactal. Después, me cosieron el pecho desde la base del cuello hasta el ombligo, con seis puntos anchos de sutura cardiovascular.

A mis 15 años uno de los alambres que utilizaron para soldar el esternón se salió de lugar y empezó a presionar hasta que se convirtió en un bulto prominente, unos centímetros debajo de la junta de la clavícula. Al principio no sabía qué era, por qué de repente me crecía ahí un bulto verdoso y en punta. El médico de mi pueblo le dijo a mi mamá que me llevara a su consultorio al día siguiente, que me abriría y me lo sacaría, que no podía ser otra cosa que una pelotita de grasa. Pero mi mamá se acostó a dormir esa noche y soñó con una radiografía de mi pecho en la que se veían, a lo largo del esternón, uno encima del otro, mis seis alambres. Me llevó otra vez a Buenos Aires, a la nueva sede de la Fundación Favalaro, que había dejado el Sanatorio Güemes, y se había mudado a sus propias instalaciones en el año 1992.

La piel sanó sobre la cicatriz anterior sin dejar nuevas marcas. Pero a los 25 años empezó a molestarme otro de los alambres, más abajo, entre las tetas. Esta vez no se dejaba ver desde fuera, no tenía un bulto en el pecho que se exhibiera como una prueba de lo que yo sentía. Era un enigma interior y a la gente le costaba creerme. Se me clavaba dentro, sentía las puntas desaparejas como una astilla enterrada entre los huesos del esternón y la piel ya finita del pecho. Cuando me acostaba, la presión del acero contra el hueso que había ayudado a soldar no me dejaba dormir. Yo ya vivía en Buenos Aires así que mis padres no tuvieron que subirme al auto para llevarme a la Fundación Favaloro. Sí tuvieron que recorrer ellos los 200 kilómetros que separan mi pueblo de la Capital Federal para acompañarme. El mismo médico que me había sacado el primer alambre dijo que, si había que sacar otro, era mejor sacarlos todos. Que si tantos años después mi cuerpo los seguía rechazando, podía volver a pasar con todos y cada uno. La historia de mis cirugías le daba la razón. Así que me volvieron a abrir la herida que habían cerrado los mismos médicos veintidós años atrás, sobre el mismo cruce, el mismo puente torácico.

Otra vez un bisturí separando la piel de sí misma, desarmando la costura que para ese entonces ya no llegaba hasta el ombligo, sino que iba desde la cintura hasta el pecho. Una cicatriz del ancho de un dedo meñique, apenas más rosada que el resto de la piel, pero al tacto distinta al resto de la piel. Si te acercabas, llegabas a ver las ramificaciones precisas del tejido anudándose de un lado y del otro para cerrar el corte. Se notaba más de lejos que de cerca, pero había algo delicado en el detalle de la costura, en las juntas de una piel rasgada y reunida, a fuerza de hilo y presión. Era singular y era elegante y yo tenía terror de que la textura de mi cicatriz se volviera fea, que perdiera su consistencia sedosa. Que se me ensanchara, se inflamara, se volviera oscura, se me infectara y no pudiera nunca más usar una bikini. Pero no hizo queloide; la nueva herida sanó sobre la cicatriz anterior, otra vez. Y aun cuando yo vuelva a ver todos los días cómo y cuánto fue que cambió mi cicatriz, para el ojo inexperto, la segunda sutura no existe.

Tres años después, en una cena, de repente me sentí mareada. Vi el living de mi casa con ojos extraños, consciente de mis amigos que tomaban vino y conversaban, pero con la atención volcada hacia adentro. Mis manos en forma de cuenco sosteniendo la copa pesada y resbalosa. De pronto no podía seguir el hilo de la conversación, producto del mareo o del susto. Es asombroso como una se da cuenta cuando algo anda mal. Quise bajarle el precio, pensé: «Es el cansancio, es el vino», despaché rápido a todo el mundo y me fui a acostar. Mientras tomaba agua y amontonaba tiempo de reposo, se dispararon las pulsaciones. Iba cada vez más rápido, como si en lugar de estar en mi cama, estuviera corriendo desbocada por una calle del microcentro. Me tomé el pulso y conté ciento diecinueve latidos por minuto. Lo normal para una mujer joven es entre sesenta y ochenta pulsaciones, menos incluso si una está descansando. Lo peor no era la cantidad, sino la irregularidad en el ritmo cardíaco. Debería haber ido enseguida a ver a mi cardiólogo, pero al día siguiente amanecí con el pulso en orden y por un tiempo no pensé en el asunto. Sabía lo que venía, ya lo había sentido, y quise anularlo o posponerlo no yendo al médico. Dos meses

después me descompuse en el trabajo; de nuevo la sorpresa, el golpe de efecto con el que te atraviesan las cosas que no esperás. Sentada en mi escritorio no me podía concentrar en la pantalla de mi computadora, se me movían las letras del documento en el que, hasta entonces, había estado trabajando. Amagué a tomarme el pulso, quise ir al baño a mojarme la cara y caí redonda en el medio de la oficina. Llegué de urgencia a la Fundación Favaloro en una ambulancia que cruzó con sirena y luces por el medio de una marcha que había vuelto intransitable la ciudad de Buenos Aires.

Un cateterismo, explican los médicos, es un procedimiento relativamente simple. Funciona como un estudio en el que te diagnostican con precisión y, a la vez, ahí mismo, te corrigen la avería. Es una cirugía con todas las letras solo si logran corregirte la arritmia. A veces la arritmia no se desata mientras están dentro tuyo y salen como entraron, sin tocar realmente nada. Podés elegir entre anestesia general, sedación parcial o estar totalmente despierta. Los riesgos, como en cualquier procedimiento que involucre el corazón, son altos. Yo prefiero estar dormida, me da idea la posibilidad de asistir al espectáculo de mi propia muerte y ser incapaz de evitarlo. Con una cánula entran por la ingle a la arteria femoral. Te pinchan esa vena ancha que casi no ofrece resistencia y avanzan por el canal de la sangre hasta alcanzar el corazón. La cánula, entonces, se activa y literalmente quema el circuito eléctrico que le está imponiendo al corazón ese tempo invasor que se siente como si tus órganos internos estuvieran bailando a un ritmo diferente al tuyo. En general, las arritmias se generan alrededor de la herida inicial, como un fantasma atrapado entre la tierra y el cielo; la irregularidad del tejido interno que ha sido suturado genera un

desajuste, un cortocircuito. En mi caso, sobre la costura interna, encima de la marca que dejó la presión del cierre del agujero del corazón, se armó la arritmia. Por la ingle viaja una segunda cánula con un cámara que les permite a los electrofisiólogos reproducir en una pantalla 3D el circuito de arterias, corazón y sangre. El primer cateterismo que me hicieron, a los 28 años, no corrigió el problema.

No es un quirófano en el sentido estricto porque en las salas para estos procedimientos los médicos tienen muchas más cosas que las que se usan en los quirófanos. Sobre todo, los televisores enormes que, en paralelo a la camilla sobre la que una se acuesta, reproducen tu anatomía interna como si fuera un jueguito de realidad aumentada. Aunque en verdad, si lo pienso, no recuerdo los quirófanos. Nunca me durmieron en uno, sino en los pasillos, en las habitaciones o en las salas compartidas en donde se espera el turno para una operación. Más bien me he despertado en quirófanos. Helada y aturdida, bajo una luz iridiscente que te obliga a volver a cerrar los ojos y es por eso que cuando pienso en un quirófano me imagino un halo blanco vidrioso, el reflejo de un bisturí afilado, la textura rígida de una sábana. Cuando salí de la sala de procedimientos pasé seis horas horizontal, sin moverme, con la cofia quirúrgica que ya no podía contener el pelo grasoso que se me adhería a la cara. Me acuerdo de sentir la textura grasa del pelo, como si en las horas en las que yo había estado dormida alguien le hubiera echado aceite de girasol, y preguntarme cómo podía estar así de grasoso si me había bañado antes de llegar a la Fundación. Qui-

zás haya sido la anestesia, que cuando empieza agotar su efecto genera un síndrome muy parecido a la abstinencia y, por tanto, un malestar general, como si hasta las partes del cuerpo que una normalmente no siente, como las uñas y el pelo, estuvieran de repente intervenidas por un nuevo y punzante dolor. Mi mamá a mi lado, entre cansada y harta, intentando que yo bebiera con pajita algo de agua porque que el cuerpo recupere sus funciones más elementales, como tener sed o ir al baño, acelera la sanación. No podía incorporarme, ni siquiera me dejaron sostenerme un poco con algunas almohadas atrás de la espalda. El poscateterismo exige horizontalidad total, porque cualquier movimiento te puede hacer estallar la arteria que utilizaron para llegar hasta tu corazón. Como un cuerpo inmediatamente después de haber sido abandonado por el espíritu que lo habitaba, las arterias de la ingle quedan resentidas por la intromisión, frágiles. Una consecuencia secundaria y frecuente son las hemorragias internas, los derrames, las fisuras en los canales por los que viaja la sangre. Es que a veces ni siquiera te das cuenta y un mal movimiento, una fuerza mal hecha, te puede dejar seca. Si estalla la femoral, te desangras en minutos. El primer cateterismo no corrigió el problema, pero me ofrecieron volverme a operar pronto, apenas me hubiera recuperado. Yo no quise o no pude. La sola idea de volver a pasar por toda esa coreografía que se estiraba meses sin resultados me parecía insoportable. Tomé un antiarrítmico durante tres años, hasta que dejó de hacer efecto. El cuerpo se acomoda a la droga, la metaboliza y anula. Ahí tuve que empezar a considerar de nuevo volver a operarme.